

# Una vez más, AMANECE

Sección coordinada por Javier Gil Martín

**H**ojas de Madrid con La galer-  
na, así había de llamarse el  
último poemario de Blas de  
Otero, un libro necesariamente  
inconcluso, suponemos, que le  
acompañó de la mano, y de la  
pluma, hasta dos años antes de su  
muerte, un libro que, por diferentes  
avatares, ha permanecido inédito  
hasta 2010, 31 años después de la  
muerte del poeta y 43 de la com-  
posición del primero de los poe-  
mas del libro, "Cojeando un poco",  
fechado el 24 de mayo de 1968.

El poemario fue creciendo alre-  
dedor de las ciudades que marca-  
ron los últimos años de la vida del  
poeta. La Habana, esperanza enton-  
ces de una revolución posible de la  
que salió dejando atrás un difícil  
matrimonio y su consiguiente divo-  
rcio; Madrid, que fue su hogar duran-  
te años y donde murió (en realidad  
murió en Majadahonda, ciudad cer-  
cana a Madrid donde vivió al final  
de su vida); Bilbao, su ciudad natal,  
que amó y odió intensamente, y  
todas las ciudades que recorrió  
durante sus incontables viajes son  
convocadas de diferentes maneras  
en este poemario: "Blas de Otero,  
cuánto has caminado. / Bilbao,  
Madrid, París, / Praga, Moscú,  
Shanghái, / La Habana, Zürich, / y  
pueblos, llanuras, montañas...",  
escribe en el poema "No me arre-  
piento".

Y al igual que todos estos luga-  
res, en estos poemas se entrecru-  
zan su memoria personal (esa leja-  
na infancia en Bilbao, sus viajes,  
sus dolencias) con la observación  
y reflexión sobre el momento en el  
que escribía; acontecimientos como  
la guerra de Vietnam ("Ahora en  
Vietnam estalla la primera bomba

junto a una escuela de bambú",  
escribe en un poema de 1968),  
observaciones sobre el Madrid que  
observa ("si la plaza de Oriente es una  
rosa de Alejandría, / ah Madrid de  
Mesonero, de Lope, de Galdós y de  
Quevedo, / inefable Madrid infes-  
tado por el gasoil, los yanquis y la  
sociedad de consumo"), confiden-  
cias sobre su día a día ("La mañana  
es un llamativo anuncio luminoso /



y yo estoy solo, solo con Irrintzi, con  
el tocadiscos, mis libros y mis angis-  
nas"). Y, por supuesto, está pre-  
sente una memoria poética que le  
lleva a los grandes clásicos españo-  
les (Fray Luis, San Juan, Quevedo,  
Santa Teresa...), pero también a  
autores con los que tenía afinida-  
des espirituales (José Martí, León  
Felipe, César Vallejo, Nazim Hik-  
met...) llegando hasta a su propia  
obra: "Y sigo pidiendo la paz y, de  
momento, me la conceden en parte;

y la palabra, y me mutilan la len-  
gua", "Yo soy un ángel fieramente  
humano / todo lo humano es asun-  
to mío".

A modo de diario poético (refor-  
zado por la ordenación cronológi-  
ca que le han dado los editores) y con  
la conciencia de que se acercaba a  
sus últimos años ("Y yo que hice  
tantos viajes dentro de poco haré  
un viaje desconocido"), el libro fue  
surgiendo al compás de su vida:  
"Hojas sueltas, mirad cómo han  
caído / de mi mano, mejor dicho,  
de mí. // ¿Qué más puedo decir?  
Digo que sí / a la vida, al camino  
recorrido / y a la verdad impresa en  
el oído. / Eso dicen las Hojas de  
Madrid". Parece que el poeta había  
alcanzado cierto grado de sereni-  
dad y sosiego para su espíritu, que  
había sufrido durante años agudas  
depresiones (que asocia precisa-  
mente con la galerna, fuerte viento  
que azota la costa cantábrica), la  
incertidumbre económica y la lucha  
continua contra una dictadura inus-  
ta y opresiva: "Blas de Otero, des-  
cansa / un poco, cesa el trajín / de  
los años, los azares, / las luchas, /  
papeles manchados, versos / arran-  
cados de raíz / a la vida, Blas de  
Otero, / que viene la muerte / y te  
coge desprevenido, / que es como  
quiero morir". Esto se manifiesta  
en sus versos, y en una entrevista de  
1977 el poeta dice hablando del  
libro entonces inédito: "...una poesía  
más abierta, y al mismo tiempo  
menos dramática, más plantada  
con naturalidad en mitad del hom-  
bre y de la calle, y claro es, de su pro-  
pio y cansado y esperanzado  
corazón".

Y con este alejamiento del dra-  
matismo que menciona el poeta,

Hojas de Madrid con La galerna dila-  
ta sustancialmente, a tantos años de  
su muerte, la obra de Blas de Otero  
y ataca, con naturalidad y sin vehe-  
mencia, a la visión monolítica que han  
parecido dejarnos los libros de texto  
(bajo el rótulo de poeta desarraigado,  
poeta social, heredero del 98...):  
"Ha cambiado una vida. La palabra  
/ de este hombre ha cambiado. Mi  
palabra / creció desde mi vida. /  
Ahora es distinta: otra vida, otra  
palabra. (...) Había una vez un hom-  
bre / con una cara muy seria; / hoy  
se ha mirado al espejo / y ha visto una  
cara nueva", dice en el poema "Algo  
ha cambiado". Frente a un Blas de  
Otero que se dirige a un dios terri-  
ble y sordo al dolor o uno que habla  
a los pueblos en lucha, un Blas de  
Otero que habla de tú a tú con un  
hombre cualquiera. Por ello, el tono  
menor es una de las grandes bazas  
del libro, y también el humor, un  
punto esencial, como bien nos indi-  
ca Sabina de la Cruz, encargada de  
su edición y compañera del poeta  
durante los últimos años de su vida.  
Un autor polidécrico y por ello difícil-  
mente clasificable que nos obliga a  
una revisión con este enorme con-  
junto de poemas y que, en cierta  
manera, renace a los ojos de los  
nuevos lectores que se acerquen  
ahora a la palabra de este poeta  
esencial.

Junto a Blas de Otero, traemos a  
este número a Enrique Cabezón con  
un poema donde la muerte y la  
poesía, como realidades inevitables  
y, también, necesarias, se igualan.  
También nos acompaña en estas  
páginas Laia López que, con "Tierra  
y dónde", hace presente una nece-  
saria preparación para la muerte  
porque un día **será tarde**.

## DIGO VIVIR

**Hay que** vivir, Blas de Otero, tienes que seguir viviendo.  
Para enredarte en el aire, para laminarte al sol.  
Tienes que seguir viviendo.  
Para enredarte el alma, para inventar voces nuevas.  
Para liberar las manos, para apoyar a los pueblos,  
tienes que seguir viviendo.  
Para recorrer los árboles con los ojos asombrados.  
Para espiar a los ríos, para acompasar los péndulos.  
Para mirarte dormida, desnuda junto al espejo.  
Tienes que seguir viviendo,  
para acompañar los pasos de mi madre ante el umbral.  
Para agradecer a mis hermanas su **áureo silencio**.

Blas de Otero (Bilbao, 1916-Majadahonda, 1979)  
De *Hojas de Madrid con La galerna*  
(Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2010)

## LA POESÍA ME GUSTA

**casi tanto** como la muerte  
como cobarde que soy  
moriré muchas veces  
(los locos y los valientes  
—acaso los mismos—  
mueren sólo una)  
no le temo

por necesaria  
porque llegará

y asusta más  
no tener **un fin**

Enrique Cabezón (Logroño, 1976)  
De *Territorio de ceniza* (Kabemayor Ediciones, 2003)  
blogs.larioja.com/pequenxa

## TIERRA Y DÓNDE (III)

**es temprano** y cuido mi vacío  
porque un día será tarde  
y olvidaré cortar las redes  
los tallos transparentes de las plantas  
muertas

cuido mi vacío  
como un círculo óseo  
como una habitación colmada de música  
como **una permanencia**

Laia López Manrique (Barcelona, 1982)  
who-by-fire.tumblr.com